CENTAURO

Tragicomedia de
Don Duardos.

Carmen Martín Gaite
Dr. Esquerdo 43
Madrid 28
T. 2745644.

REGISTRO 33-M FABRICANTE

7150

TRAGICOMEDIA DE DON DUARDOS.

DRAMATIS PERSONAE.

Don Duardos, príncipe de Inglaterra.
Clodio, su escudero.
Infanta Olimba.
Belagrís y } hermanos de Olimba.
Mosderín }
Palmerín de Constantinopla.
Polinarda, su esposa
Primaleón y } sus hijos.
Flérida }

Julian, mortelano.
Costanza, su esposa.

Arta y } doncellas de Flérida.
Amandria }

Camilote, caballero grotesco.
Maimonda, su dama.

Tragicomedia de Don Duardos

de Gil Vicente

(¿1470 - 1536?)

En versión de Carmen Martín Gaite.

(Para la presente versión, la adaptadora se ha basado en la consulta de una novela de caballerías, el "Primaleón", cuya primera edición, fechada en Salamanca en 1512, se conserva en la Sección de Raros de la B.N. de Madrid. De un episodio de esta novela, integrante del segundo libro de la familia de los Palmerines, procede enteramente el "Don Duardos", aunque Gil Vicente abrevió muchas cosas y tergiversó otras. Esta deformación poética del dramaturgo portugués no afectó, en su tiempo, a la cabal comprensión del texto, ya que aludía a episodios de un libro muy popular y conocido por todos. Hoy, en cambio, sin acudir al Primaleón para completar el "Don Duardos" éste, a pesar de su gran belleza lírica, resulta confuso en varios tramos.)

Primer parlamento del NARRADOR.
(a telón corrido)

NARRADOR: "En tiempos del emperador Palmerín de Constantinopla, célebre por sus hazañas caballerescas, el noble Nardides, duque de Ormedes, fué muerto por dicho Palmerín, en un torneo celebrado en su palacio. Los hombres del séquito de Nardides se tornaron muy compungidos de Constantinopla a Ormedes, para llevar, a la esposa de Nardides, que estaba en días de parir, nuevas de la cruel malandanza. Y hubo tan gran pesar que luego le vinieron dolores de parto y parió una niña muy delicada y hermosa , a la cual, por haber nacido en sazón de tanta tristura, bautizaron con el nombre de Gridonia, pues en aquella tierra dicen al llorar gridar. Y sumadre y su abuela juraron de jamás darla en matrimonio sino a aquel caballero que vengare la muerte de su padre.

"Fué creciendo Gridonia , y era de hermosura tanta que no se hablaba en aquellos contornos sino de ella con pasmo y maravilla. Esta fama llegó a oidos de Perequín de Duazos, hijo del rey de Polonia, quien ardió en ansias de conocerla, y fué tan pagado de ella cuando la llegó a ver, que empezó a amarla luego muy ahincadamente. Tambien Gridonia, enternecida por sus nobles maneras y buen parecer, le correspondía de corazón, aunque éste se le ensombrecía con malos presa-

gios al considerar la peligrosa prueba que Perequín había de afrontar para llegar a ser su esposo, y bien se hubiera holgado ella, pues era de mansa condición, en dispensarle de tal prueba, pero su madre y su abuela no lo consentían.

"Noticioso Perequín de unos torneos que había pregonado en Constantinopla Primaleón, hijo del emperador Palmerín, fuese allá para cumplir la promesa solicitada, con tan mala ventura que Primaleón lo atravesó con su lanza y dió con él muerto en tierra.

"Cuando Gridonia y su madre supieron el hecho, hubieron gran pesar, y dijo Gridonia en su corazón: "Ay Perequín de buazos, ¡cómo os fue la ventura tan esquiva en tan presto así la muerte apartaros de quien tanto os amaba!", y en medio de su congoja hizo juramento ante testigos de no casar con caballero del mundo sino con aquel que le diese en arras la cabeza de Primaleón.

"Y un día, estando apartada en el castillo de Roca-partida, el más fuerte del ducado de Ormedes, salió de la montaña un león y Gridonia quedó tal como muerta por el miedo, mas el león vino muy mansamente para ella , halagándola con la cola, y puso la cabeza en su regazo y comenzó a lamerle las manos, y Gridonia, de que tanta mansedumbre vió en el león, perdió gran parte del miedo y le acarició la melena y llevolo luego consigo al castillo y jamás de sus faldas se partía y ella misma le daba de comer, y este león, en adelante, con maravilla de todos, fue la guardia de Gridonia.

"Sabed, por otra parte, que en aquel mismo tiempo reinaba en Inglaterra el rey don Fadrique el cual hubo muchos hijos, y que el mayor de éstos pasó en bondad a todos , así en caballería como en todas las artes y maneras que en un noble caballero debe haber. Este valiente príncipe había de nombre don Duardos y como llegó a edad cumplida ordenaba justas y torneos por usar las armas , y entre todos los caballeros de Inglaterra era el más loado, allende de ser el más presto en acometer cualquier gran hazaña y salir victorioso.

"El rey padre de don Duardos era hombre que se pagaba de hacer grandes edificios, así de castillos como de otras extrañas labores, y entre todas mandó levantar a una jornada de Londres , en lugar muy deleitoso, unos ricos palacios donde el rey y la reina iban a holgar. Y entre todos los maestros que aquel lugar labraron y decoraron, había uno natural del ducado de Ormedes que había conocido a Gridonia, y la pintó tan propia y tan perfecta como si fuera viva en carne, con un león entre sus faldas y una de las manos puesta en la cabeza del león. Y don Duardos, que muchas veces iba a aquel lugar por andar de caza, un día vió la pintura de Gridonia y, maravillado extrañamente, llamó al pintor, el cual le dijo: "Esto que veis aquí pintado, os juro por Dios que yo lo ví propiamente con mis ojos". Y de allí adelante, don Duardos comenzó a mirar mucho aquella pintura , y decía: "Ay Gridonia, si solamente de ver tu figura pintada en un cuadro soy tan aquejado, qué suerte me esperará cuando a ti misma te vea. Si las fieras sal-

vajes se tornan mansas ante tu hermosura, cómo no redurás a vasallaje a quien tiene sentidos y conocimiento" . Y andaba tan triste que perdía el comer y el dormir y dejaba la caza y apartabase de los caballeros y de todo esparcimiento, que no oía cosa que le fuese de placer. Y aún sin estar seguro de sus sentimientos ni de merecer a Gridonia, vino a pensar que si era tan hermosa y buena como aquella pintura decía y él hubiese nacido para amarla, le convenía, antes que ninguna cosa, llegarse a Constantinopla y combatir contra Primaleón.

"Y así determinó probar fortuna y se puso en viaje, llevando por compañía a su escudero Clodio y a un hermoso can llamado Mayortes que Don Duardos mucho lo apreciaba y jamás lo apartaba de sí por las maravillas que en la caza hacía, así que había empezado a ser llamado por algunos el Caballero del Can."

$$$$$$$$$$$$$$$$$

...."Saliendo del reino de Hungría, donde hizo frente a muy notables
~~grandes~~ aventuras, anduvo cinco días y al sexto se perdió por unas grandes montañas, sin hallar lugar donde albergarse y se le hizo noche y allí había una casa de tiempo antiguo que hicieronla pastores y en algunos lugares era caida y se entraron en ella. Y antes que don Duardos se durmiese, vió aparecer dos ciervos muy hermosos, y parecíale que de sus ojos salía gran claridad.

Llegaronse al can Mayortes y cómo él los vió, levantose muy aprisa y se puso en medio de ellos y todos los tres salieron fuera. "Santa maría me valga -dijo don Duardos, qué cosa tan extraña es ésta". y tomando el caballó, cabalgó tras ellos por la montaña y Clodio tras él, mas por mucho que se apresuraba de andar, no los alcanzaba, aunque llevábalos siempre a ojo y andaban muy sosegadamente, y así cabalgó toda la noche. Y al llegar el alba, vió entrar al can y a los ciervos en una cueva cuya boca era pequeña. Apeose prestamente, dió su caballo a Clodio y tomó su espada en la mano derecha por if apercibido, y entró muy ligeramente en la cueva, mas Clodio por mucho que hizo no pudo entrar. Y don Duardos, al cabo de un trecho, salió a unos palacios muy ricos donde había una huerta de todas maneras de frutas y caños de agua muy fría y en medio de la huerta vió un estrado que lo cubría un paño de oro; en él estaba sentada una doncella muy hermosa y el can y los ciervos estaban ante ella , y cómo ella vió a don Duardos puso la mano derecha sobre un ciervo y la izquierda sobre el otro y los ciervos setornaron en dos donceles gallardos ricamente guarnecidos. Don Duardos llegose muy maravillado a ellos y los donceles se le humillaron y la doncella fue a hincar los hinojos ante don Duardos.

-Ay, señor caballero, ruegoos por la fé que a Dios debeis que nos perdoneis de haberos hecho venir hasta aquí. Creed que no fue sin causa, que hace tiempo aguardábamos vuestra venida , que mis hermanos no tomaron

vuestro can por robaroslo sino como señuelo para conduciros hasta aquí.

Los infantes lo desarmaron y la doncella tornolo por la mano y llevolo al rico estrado, le trajo unos cojines y rogole que durmiese porque estaría muy cansado de la mala noche que había habido. Los infantes salieron por Clodio, el cual fue muy ledo de hallar a su señor durmiendo ya muy sosegadamente con mayortes a sus piés. Y la infanta Olimba velaba su sueño.

ESCENA PRIMERA.

Palacio en el interior de la cueva.

DON DUARDOS y OLIMBA.

Don Duardos duerme, tendido entre cojines, en un rico estrado cubierto con paño de oro. Olimba, a pocos pasos de él, le mira dormir. Vé que se revuelve y se acerca.

DON DUARDOS: (Despertando muy agitado) Ay, Santa María, valedme, que no reciba deshonra en la batalla contra Primaleón.

OLIMBA: mi buen señor, quejoso despertais, ¿qué habeis soñado?

DON DUARDOS: Soñé que veía la ciudad de Constantinopla y hallaba a sus puertas una fiera que me saltaba al

pecho, y recibía una gran herida, en derecho al corazón, que pensaba de morir.

OLIMBA: (Dulcemente) Sabed que a los buenos caballeros les avienen extrañas aventuras.

DON DUARDOS: (Frotándose los ojos) ¿Donde estoy? ¿Quien sois vos?

OLIMBA: Yo soy la infanta Olimba, hija del sultán de Niquea.

DON DUARDOS: (Se incorpora, ve a Mayortes durmiendo a sus pies.) Ahora recuerdo. Anoche el sueño me venció antes de que osara preguntaros por el prodigio de los ciervos que acompañaron a Mayortes hasta aquí. (Le acaricia la cabeza al perro.)

OLIMBA: Ellos son mis hermanos Mosderín y Belagrís. De niños hubimos de huir de Niquea para librarnos de las iras de mi tío que usurpó el señorío a mi padre y le mató a traición. Y un buen caballero, de nombre Osmaquin, <gran sabidor de todas las artes,> nos guardó y trajo a este lugar escondido, y durante cuatro años no nos desamparó. Más luego adoleció y, viendo la muerte cerca nos dijo: "No desmayeis, tened por cierto que vendrá por aquí un caballero de alta guisa, poneos bajo su amparo, lo conocereis por un hermoso can con traílla de oro que trae

consigo". Y dijo que él dejaba aparejada una barca cerca de aquí en que habríamos de embarcar con vos, y que primero habríais de tener una muy esquiva batalla en Constantinopla, y de allí tornaríais herido de una herida de la que jamas habríais de curar.

DON DUARDOS: (Pensativo) Grandes cosas me revelais, infanta Olimba, y de mucha pesadumbre, que ahora se me representa la herida de mi sueño. ¿Nada más os dijo el sabio Osmaquín?

OLIMBA: No, pues murió de que aquellas cosas secretas nos confió, y mis hermanos salían a la montaña en figura de ciervos por ver de vos hallar.

DON DUARDOS: (Levantándose) Llamad, pues, a vuestros hermanos y a mi escudero y pongámonos presto en viaje, que ya amanece. Plegue a Dios darme poder ~~~~ frente a los peligros que nos acechan y tengamos esperanza de que en la lucha se nos crecerá el corazón.

SEGUNDO PARLAMENTO DEL NARRADOR

... Salieron a la hora de vísperas. Don Duardos tomó a la infanta a las ancas del caballo, Mosderín cabalgó en el caballo de Clodio, con éste a las ancas, y Belagrís y Mayortes a pie. Aquella noche durmieron en la montaña, que no llegaron a la mar, y la infanta llevaba aparejada cena y Don Duardos no durmió pensando en su sueño y en las premoniciones de Osmaquín. Y cuando fue de día tornaron a cabalgar y anduvieron tanto que llegaron a la mar. Y entre unas grandes peñas, había un puerto pequeño, y allí hallaron aparejada y atada a un árbol una gran barca y los infantes pidieron a Don Duardos que entrara con ellos sin recelo y él lo hizo, y en la barca había dos cámaras con ricos lechos y allí hallaron guarnición de armas y espadas muy ricas y buenas y todas las cosas que les

fueron menester. Y aunque había cuatro años que la barca allí estaba, nunca la había visto persona, que el sabio Osmaquín había dejado en ella a buen recaudo todos los tesoros que trajo de la corte del sultán. Y Don Duardos armó caballeros, antes que partiesen, a Mosderín y Belagrís con unas armas negras y muy ricas, tras lo cual desataron la barca y, sin que viesen quién la remaba, comenzó a hacerse a la mar.

La infanta Olimba, durante el viaje, jamás se quitaba de hablar y servir a Don Duardos y su habla le confortaba el corazón. Y así anduvieron por la mar, sin les avenir cosa, hasta que fueron a la vista de Constantinopla, y el corazón se le estremeció a Don Duardos, y acordaron de desviarse de la ciudad y fuéronse a un puerto que estaba a legua y media de allí, un lugar pequeño de pobres pescadores.

ESCENA SEGUNDA.

Puerto de pescadores cercano a Constantinopla.

DON DUARDOS, OLIMBA, CLODIO, MOSDERÍN y BELAGRÍS.

DON DUARDOS: Mis señores, <primero de todo> a mí me conviene ir a Constantinopla <a hallar batalla con Primaleón>, y más tarde trataré de ayudaros en vuestro negocio.

MOSDERÍN: Decidnos, por vuestra fé, qué insensato afán os lleva a luchar con un príncipe tan afamado ~~en~~ ~~valeroso~~ en el manejo de las armas. ¿No teméis morir?

DON DUARDOS: He de vengar a mi señora Gridonia, aunque allá muriese.

OLIMBA: Sólo no teme la muerte aquel que mucho ama. (Inquieta, mirándole) ¿Amais vos a Gridonia? ¿la conoceis acaso?

DON DUARDOS: No alcancé a verla sino pintada en un retrato, mas su hermosura <sin par> me cautivó.

OLIMBA: Gran trecho hay, mi señor, de lo pintado a lo vivo. No querais ~~por una~~ morir por una pintura, cuando <a tantas> doncellas de carne y hueso podríais servir y amparar.

MOSDERÍN: (Airado) No te mezcles, Olimba, en los designios de tan valeroso y arriesgado caballero.

DON DUARDOS: (Enternecido a Olimba) Yo quedo agradecido, infanta Olimba, a vuestros prudentes consejos, mas excusadme si no puedo seguirlos. Os juro que si escapare vivo, tornaré aquí a buscaros.

OLIMBA (Llorando) ¡Ay mi señor, no plegue a Dios que tan cedo sea vuestra muerte! ~~Yo~~ Yo quedaré rogando, que torneis presto y con gran honra.

DON DUARDOS: Vuestros ruegos, mi señora, me serán preciosos (A los infantes) Quedaos con la infanta Olimba y guardadla, que yo he de ir solo con Clodio, como venía.

(Belagris se aparta con Olimba y le dice algo muy apasionadamente. Ella se dirige luego a Don Duardos, que ya se preparaba para irse)

OLIMBA: ~~Noble~~ señor, os ruego, ~~permitid a vuestro hermano Belagris~~, por la fé que a Dios debeis, que permitais a mi hermano Belagris acompañaros, pues es valiente y arde en ansias de serviros de ~~acompañar~~ alguna ayuda.

(Belagris se ha arrodillado a los pies de Don Duardos)

DON DUARDOS: Sea, alzaos del suelo, Belagris, y partamos ya sin más tardanza.

ESCENA TERCERA.

Tiendas del Emperador Palmerín.

PALMERÍN, DON DUARDOS, BELAGRÍS Y CLODIO; escuderos y nobles del séquito de Palmerín.

—

Entran Don Duardos, Belagrís y Clodio. Don Duardos pregunta algo a un escudero y éste le señala a Palmerín, que se está paseando con otros nobles. Don Duardos ~~avanza hacia~~ se acerca a él y Palmerín se vuelve al sentirle llegar. Quedan frente a frente.

DON DUARDOS: ¿Sois vos el Emperador Palmerín?

PALMERÍN: Yo soy.

DON DUARDOS: Vuestra sacra majestad sea ensalzada tanto como es pregonada vuestra bondad. (Mirando en torno) ¿Está aquí, por ventura, entre estos caballeros, vuestro hijo Primaleón?

PALMERÍN: ¿Por qué lo buscáis?

DON DUARDOS: Porque ante vos, que os preciáis de mantener justicia, lo quiero yo desafiar.

PALMERÍN: ¿En nombre de qué agravio?

DON DUARDOS: Del que infirió a la hermosa

Gridonia, herida de la misma lanzada con que vuestro hijo mató ~~[illegible]~~ a Pereguín de Duazos. No es razón que tanto daño ~~[illegible] yo aliente~~, ~~no ha de pasar~~ pase sin venganza.

PALMERÍN (airado) A quienes tal venganza quisieren emprender, tengolos yo por locos.

DON DUARDOS: No esperaba yo tal respuesta de un príncipe defensor de la justicia. Si Pereguín no fué aún vengado, creed que es por falta de quienes no aman que resplandezca la verdad.

PALMERÍN. Arrojado sois, sin duda. Quiero yo ver si osais llevar a cabo lo que tantos esforzados caballeros no han conseguido. Tal vez no sepais que mi hijo Primaleón es hoy tenido por la flor y espejo de la caballería.

DON DUARDOS: Muy sonada es, en efecto, su fama, mas ponedme ante él, por vuestra fé, que en causa de armas, las palabras poco pueden mostrar.

PALMERÍN. Mandarelo luego allamar.

(Se aparta y da un encargo a un caballero, que desaparece. Don Duardos vuelve a reunirse con Clodio y Belagris, y se pasean, aguardando.)

ESCENA CUARTA.

Tiendas del Emperador Palmerín.

Dichos más PRIMALEÓN y FLÉRIDA. A ésta siguen algunas damas de su séquito, entre ellas AMANDRIA y ARTADA.

Entra Primaleón. Trae por la mano a la infanta Flérida, su hermana, y vienen en alegre y cariñosa plática. Se paran a poca distancia de Don Duardos. Flérida se aparta y va a besar a su padre. Don Duardos la mira fascinado.

DON DUARDOS (aparte a Clodio) ~~Decid~~ Decidme, Clodio, ¿sabeis acaso a qué nombre humano responde la celeste visión que mis ojos contemplan?

CLODIO: Dijéronme que es Flérida, la hermana bienamada de Primaleón.

DON DUARDOS: (Aparte) Oh, cielos, ¿cómo osaré desafiar a quien lleva su sangre y es merecedor de su sonrisa?

PRIMALEON: (acercándose) Amigo, ¿que es lo que quereis de mí? Yo soy Primaleon.

DON DUARDOS. Quiero demandaros de una muerte que disteis cobardemente.

PRIMALEÓN: Mil veces daría la muerte a quien dudara de mi valor, como hizo Perejuán de Dragos y como vos hacéis ahora. Retractaos de vuestra ofensa.

DON DUARDOS: No haré tal, mientras por vuestra causa lloren los hermosos ojos de mi señora Gridonia.

(PALmerín, Flerida y otros caballeros se han acercado a punto de escuchar las últimas palabras de Don Duardos)

PALMERÍN. (Interviniendo) Decid, antes de nada, quién sois, osado aventurero.

DON DUARDOS (Altivo) Ello lo dirán con más verdad mis armas.

PRIMALEON. (Sañudo) Batalla habréis en cuanto sea yo armado, que no quiero más esperar

(Hace ademán de salir)

FLÉRIDA. (Interviniendo) ¡Valgame Santa María, qué desafíos tan sin razón! (Primaleon la aparta cogiéndola por un brazo, ella sigue hablando, vuelta hacia Don Duardos) ¿Qué galardón esperais de luchar contra mi hermano sino morir vos mismo desgalardonado? (Lágrimas de enojo corren por su rostro y la embellecen. Se miran unos instantes D. Duardos y ella. Luego Primaleón la lleva junto a su padre y sale a pasos rápidos.)

Don Duardos se ha quedado petrificado, y como ausente, sin dejar de mirar a Flérida.

CLODIO. ¿Que os sucede, mi señor?

D. DUARDOS. ¡Ay, Clodio!, ya antes de la batalla he sido herido ~~[illegible]~~ fieramente por los ojos de Flérida. ~~[illegible]~~ ¡Quien enjugara sus lágrimas!

CLODIO: Pensad, señor, en las de Gridonia. ~~[illegible]~~

D. DUARDOS. (Como para sí) Oh, sí, es cierto, Gridonia;.. tan perdido de mí soy que la he puesto en olvido como si jamás hubiese mirado su retrato o lo viese entre nieblas. ¿Mas sería acaso tan desatentada sinrazón dejar el servicio de las nieblas por la apetencia del sol que las disipa?

BELAGRÍS: ¿Que ~~[illegible]~~ decís, Don Duardos? ¿pensais, por ventura, excusar la batalla?

DON DUARDOS: No podría hacer tal, aunque quisiera, más no sé tampoco si lo quiero, ni si quiero algo, que me he tornado repentinamente en hombre sin seso ni voluntad.

CLODIO: Volved en vos, mi señor, en nombre del cielo, que Primaleón ha ido a tomar sus armas y os conviene hacer acopio de entereza.

DON DUARDOS ¡Ay Dios, ninguno que vive en la tierra puede huir a las extrañas órdenes de vuestra providencia! En mi mano está darme por quito de la lucha y disipar así el enojo de Flérida, mas ¿me conviene mostrar ante ella flaqueza y cobardía o, por el contrario, esfuerzo y ardimiento? Tan agraviado soy que no lo sé.

(Entra Primaleón terminando de armarse. Se acerca al grupo que forman Flérida, su padre y otros caballeros que han acudido. Llega también la emperatriz POLINARDA)

PALMERÍN: ¿Sabeis qué caballero puede ser éste que tan fieramente os ha desafiado?

PRIMALEON: No lo sé, ni tampoco de dónde venga, mas ya la sangre me arde por vengar su insolencia.

(mirando hacia D. Duardos)

PALMERÍN: Mucho os encarezco, hijo, que sosegueis esos ardores. Habeis de saber que en el combate, que el extranjero que os ha desafiado no parece cobarde por manera alguna, sino de gran arrojo.

ESCENA QUINTA.

Mientras se preparan los caballeros para el torneo, se oye la voz del narrador:

NARRADOR: Se hizo un gran cerco como campo porque los caballeros hubiesen su batalla en medio; solamente dejaron abierto un espacio hacia la tienda del Emperador, porque éste con la Emperatriz Polinarda, la infanta Flérida y los nobles pudieran contemplar el torneo. Una vez preparados ambos caballeros, movióse la batalla del uno contra el otro al más correr de los caballos, con tan gran poder y furia que no parecía sino que la tierra temblaba. En uno de los embates cayeron ambos al mismo tiempo, y como cada uno tuvo vergüenza de haber caído, levantáronse aprisa, embrazaron sus escudos y comenzáronse a herir de esquivos golpes, que jamás ningún caballero había derribado a Primaleón. Y todos decían espantados que ~~jamás~~ nunca se viera un torneo tan cruel y peligroso.

(Se hace una pequeña pausa en la lucha. Primaleón se resiente y Don Duardos, al tiempo que le da respiro, mira hacia Flérida. Hay un silencio.)

(a Palmerín)

POLINARDA: (Al ver malparado a su hijo)
¡Ay, ~~esposo~~ esposo mío, qué mal tan grande! ¿Habéis de consentir que venga a fin tan sañuda batalla? Yo soy muerta, si Primaleón muere.

FLÉRIDA: Yo también lo sería, madre.

POLINARDA: Os ruego, mi señor, que les ordenéis dejar suspenso el torneo.

PALMERÍN: Lo haría sino me fuese de vergüenza, que todos pensarán que lo hago por mi hijo. Vaya como mediadora nuestra Flérida.

POLINARDA: Id, sí, hija mía, pedídselo de corazón y lo harán por vuestro ruego.

FLÉRIDA: (Levantándose de su asiento)
Con gran placer os obedezco, que me tiene ya a mí rasgadas las entrañas combate tan desproporcionado.

(Va hacia ellos cuando, tras un breve respiro, se disponen a reanudar la lucha)

FLERIDA (Interponiéndose entre ellos)
Deponed, caballeros, vuestro encono unos instantes y oídme, que os quiero pedir la merced de que hagáis una cosa por mí.

(Don Duardos la mira con intensidad y depone las armas inmediatamente.)

PRIMALEÓN (airado) Hermana, ¿qué quereis? No os cureis de nuestra batalla, que yo quiero morir o matar a quien tanto agravio me ha hecho. (Trata de continuar, pero D. Duardos no se mueve)

FLÉRIDA: Señor, el corazón se me parte, TOS ruego por mi amor que dejeis la lucha, que si este noble caballero os da por quito de la batalla, no teneis vos razón de continuar. (A D. Duardos, arrodillándose ante él) Dadle por quito, señor, por lo que mas amais.

DON DUARDOS: (alzándola) Nada amo tanto como obedecer a tan alta doncella como vos y malandante sería si no escuchara vuestro ruego. Por vuestros solos merecimientos me declaro vencido y doy a Primaleón toda la honra de la batalla.

PRIMALEÓN (Sañudo) Esta honra guardad para vos que yo no la quiero pues no la hé con derecho y sólo cuando os venciere de verdad la tomaré. (Llegase a D. Duardos y le da un fuerte golpe que él recibe sin herirle ni alzar espada contra él. El Emperador se apresura a acercarse. Toma muy enojado a Primaleón por el brazo y trata de apartarlo de D. Duardos. Este y Flérida se miran intensamente)

PALMERÍN: (a Polinarda) Llamad a Flérida, esposa mía, que sólo ella será capaz de hacer entrar en razón a su hermano.

POLINARDA: Venid, Flérida.
(Ella no la oye)

PALMERÍN (A su hijo) En mal punto, Primaleón seais tan desmedido, que no ~~[illegible]~~ dais oidos al ruego de vuestra hermana, cuando lo hizo un caballero desconocido, que nunca la vió sino ahora.

(Los cortesanos, que se han acercado detrás de Palmerín toman a Primaleón por fuerza, a un gesto de su padre. Lo llevan a la tienda y lo desarman, pero él se debate muy enojado. Polinarda va a abrazarlo y le explora la herida.)

PRIMALEÓN - Dejadme, que no quiero sanar de herida alguna, sino vencer a quien me ofendió.

(Tratan de meterlo ~~[illegible]~~ en la tienda entre todos)

FLÉRIDA (A D. Duardos) Señor caballero, yo hallé tal mesura en vos que siempre se me acordará. A Dios plega que haya sazón en que os lo pueda pagar.

DON DUARDOS: Por bien pagado me doy, mi señora, con haberos podido complacer y quitar el enojo de vuestro bello rostro. Quedad adios.

(Se miran)

~~POLINARDA: Venid, Flérida.~~

FLÉRIDA: ~~[illegible]~~ (A D. Duardos que hace ademán de irse) ¿Os vais sin mas descubrir?

D. DUARDOS: Volveré, señora, si cobro fama primero y la oscura guerra que llevo en el alma me deja vivir.

(Se va D. Duardos con Clodio y Belagris)

FLÉRIDA: (A Artada) No sé si hice bien dejándole ir, Artada, sin insistir en preguntarle su nombre.

ARTADA: Si no es el Doncel del Mar, debe ser Don Duardos, que nadie sino ellos podría responder a bondad tan extremada.

POLINARDA: Flérida, hija... (Se acerca)

ARTADA: Vamos, señora, vuestra madre os llama.

(Se encaminan hacia allá. Primaleón ha logrado desprenderse de los caballeros y habla aparte con uno de ellos, de nombre Purente. Miran hacia ~~NARRADOR~~ el lugar por donde se fué D. Duardos)

CABALLERO PURENTE: Creo que no lo habeis de hallar, por mucho trabajo que pongais en buscarlo.

PRIMALEÓN: ¿Lo conoceis acaso?

PURENTE: Oí decir que viene del reino de Hungría <donde hizo grandes cosas> y que suele llevar consigo un can. Mas ahora debeis pensar en curar vuestra herida, que es lo que os importa.

PRIMALEON: No me hableis de no hallarlo, que lo haré, aunque hubiera de perseguirlo por el mundo entero.

FLÉRIDA: (Acercándose con su madre) Va-

mos, entrad ~~conmigo porque~~ a descansar, aunque solo sea por no enojar más a nuestra madre.

(Primaleón se deja ceñir la cintura por Flérida y entre ella y Perente lo llevan casi desmayado)

* * *

... Durante toda la noche Primaleón no durmió, que el ungüento que Flérida le aplicó a sus heridas de nada valía para curar la que Don Duardos habría asestado a su orgullo.

... NARRADOR: ... Y a la mañana siguiente, se levantó muy aína y tan recio como si no tuviera ningún mal y se armó de unas armas bermejas muy ricas que habría mandado hacer y se salió de Constantinopla, tan alevosamente que ninguno lo sintió, y la mayor cuita que llevaba era que no sabría donde habría ido el caballero del can y a todos cuantos hallaba preguntaba por él. Mas nadie le daba nuevas, ~~porque no habían~~ ni le habían visto pasar por aquel camino, que eran otros vericuetos más escondidos los que siguió con Clodio y Belagris para tornarse al puerto donde Moderín y Olimba los esperaban.

Y de Primaleón, nada más volveremos a decir a lo largo de la presente historia, ~~nada más sobre~~ remos a saber, que ya es bastante tarea seguir las vicisitudes de la de Don Duardos.

ESCENA SEXTA.

PUERTO DE PESCADORES.
Anochecer.

La infanta Olimba sale de la barca y de pasea por la playa. Mira a lo lejos desvelada y con gesto de preocupación.

Llegan cabalgando Belagrís, Clodio y Don Duardos. Desmontan, aun sin ser vistos por Flérida y Clodio se queda atando los caballos a un árbol. Belagrís avanza, sujetando a Don Duardos, que viene herido. De vez en cuando descansan.

BELAGRÍS: Ya queda poco trecho, ¿os fatigais?

DON DUARDOS: (Como para sí) Otras son mis fatigas, que no las del viaje ni las del combate.

BELAGRÍS: Primaleón no os tenía punto de ventaja, fuisteis ~~mucho~~ necesario en exceso al abandonar el campo.

DON DUARDOS: Flérida me venció, Belagrís, que no los duros golpes de su hermano.

OLIMBA (los vé llegar y sale corriendo gozosa a su encuentro. El gesto se le muda en angustia al percatarse del paso vacilante de Don Duardos.) Albricias, mi señor, al fin llegais, ~~que~~

decidme que tal veis, que no he logrado apartar un punto de vos el pensamiento. ¿Cómo os fué?

DON DUARDOS: Cuando Osmaquín os habló de la llaga cruel con que habría de ser herido sin curación posible, ~~fué~~ aún quedose corto en la verdad.

OLIMBA: (A Belagrís) ¿Lo ha herido Primaleón?

BELAGRÍS: (Aparte a Olimba) Sí, pero más lo hirieron los ojos de su hermana, la princesa Flérida.

OLIMBA: (Como queriendo admitir la noticia) ¿Cómo puede ser?... ~~Pero~~, él amaba a Grisolonia ... (Belagrís se encoge de hombros) Decidme, hermano, ¿es hermosa la princesa Flérida?

BELAGRÍS: A su vista, las flores palidecen.

(Don Duardos se ha tendido en la arena, ensimismado, y con la cabeza apoyada en una roca se queda mirando al cielo estrellado)

DON DUARDOS: Ay cuitado de mí, que una flecha de 43 me entró por los ojos y me dió la muerte.

OLIMBA: (Arrodillándose a su lado) ¿Qué decís, mi señor? ¿Os sentís mal?

DON DUARDOS: Permitidme, señora, callar un trecho, pues no sé qué os pueda decir de mí mismo, si las estrellas no me envían con su pálido reflejo algún aliento para reflexionar.

OLIMBA: Os prepararé un rico lecho en la cubierta del barco, y desde allí también podreis contemplarlas.

DON DUARDOS: Dejadme, por piedad, yacer aquí mismo, ~~solo~~ a solas con mi mal, y no os cureis, señora de mí.

(Llega Clodio. Olimba se pone de pié y quedan los tres contemplando a Don Duardos yacente)

OLIMBA. Entremos en el barco, le haré cojines y un cobertor y aquel ungüento para las heridas que Os un aquín nos dejó.

(Salen Clodio, Belagris y Olimba. Esta última se queda aún unos instantes mirando a Don Duardos antes de desaparecer y las lágrimas acuden a sus ojos.)

Al quedarse solo Don Duardos, se oye una música. El se incorpora.

Aquí puede cantar alguna canción del tipo de aquella de Garcilaso de la Vega ... "aunque no pueda gozar galardón de mi sentir, no me quiero arrepentir."

OLIMBA: ¿Habeis decidido volver a vuestra patria?

DON EDUARDOS: Flórida es ya mi sola patria.

(Silencio. Olimba no contesta. Don Eduardos la mira, intrigado.)

ESCENA SÉPTIMA.

PUERTO DE PESCADORES.

(Al día siguiente)

Olimba y Don Duardos pasean por la playa. El, silencioso y preocupado.

OLIMBA: ¿Cuanto tiempo ha, señor, que partisteis de Inglaterra?

DON DUARDOS: No lo sé, porque en la cuenta de los tristes el amor siempre es tramposo, una noche en diez años se puede convertir.

OLIMBA: (Suspirando) Decís gran verdad.

DON DUARDOS ¿Sabeis vos de amores?

(Olimba no contesta nada. Se sienta en la playa y, tratando de disimular su emoción, se pone a buscar caracoles y a hacer dibujos en la arena; Don Duardos se aleja paseando hacia la orilla del mar. Vuelve luego hasta ella, lentamente, abstraido, ignorante totalmente de los sentimientos que la invaden, esta pausa ha de ser muy significativa y poética.). Duardos se sienta, suspira, juega con la arena)

(música de fondo?)

DON DUARDOS: ¿Y en qué pensais vos?

OLIMBA: En vuestra pena. (No le mira) y en un remedio para los grandes amores que Osmaquín me confió.

DON DUARDOS: (Vehemente) ¿Os dijo, acaso, si habría yo de cobrar a aquella que tan fieramente me hirió?

OLIMBA: (Triste) Algo me dijo...

DON DUARDOS: Hablad, por vuestra vida, ¿cómo ~~alcanzaré~~ alcáncaré el amor de Flérida?

OLIMBA: Con fatiga y tesón. Mas vos sois tornadizo, Don Duardos.

DON DUARDOS: (Arrebatado) No lo soy, infanta Olimba, ¿cómo queréis que os lo pruebe?

OLIMBA: (Triste, mirando nuevamente al suelo) A mi nada tenéis que probar, por desventura, sino a ella, que tan altos merecimientos ~~posee~~ debe tener.

DON DUARDOS: Si vos la hubierais visto, jamás pondríais en duda tales merecimientos ni ~~el amor~~ la pasión que cobré, ni la guerra que traigo conmigo.

OLIMBA: Pues si es tan grande vuestro ardor, sabed que nunca lo mucho se alcanzó sino con ~~el~~ sacrificio.

DON DUARDOS: (Impaciente) A todos estoy dispuesto Hablad ya, infanta Olimba, por lo que más améis en este mundo, (Olimba le mira intensamente) ~~¿qué~~ ~~debo hacer~~, no me atormentéis.

~~OLIMBA:~~

OLIMBA: ¿No es Flérida, señor, quien os atormenta? ~~No más bien~~ A mí me toca ser la medicina de vuestra llaga.

DON DUARDOS: (Cogiéndole las manos) Oh, sí, sois mi remedio, ~~nada~~ ~~[illegible]~~ mi bálsamo. ¿Qué debo, pues, hacer?

OLIMBA: Os cumple mudar la vida y el nombre y el estado y el vestido, ~~[illegible]~~ que hasta ahora ~~[illegible]~~ llevasteis y por los que se os conocía en el mundo, rebajaros ~~al disfraz~~ a la condición de villano y vestido de toscos paños ir a trabajar ~~de hortelano~~ en la huerta de Flérida, que sólo ~~[illegible]~~ ese sutil disfraz podrá ensalzaros.

DON DUARDOS: (Desalentado) Dura es la prueba, en verdad, pues aunque ~~[illegible]~~ ~~[illegible]~~ cobre ocasión de ver <de nuevo> a aquella que par no tiene, y ante quien nada soy, ¿creeis que tan alta doncella ~~ella~~ será capaz de amar a un humilde hortelano?

OLIMBA: Bien podrá ser, si llevais en vuestro poder un talismán que Osmaquín me dejó para vos.

~~DON DUARDOS ¿Qué talismán es ése?~~ ~~Olimba saca una copa de~~

~~DON DUARDOS~~ ~~=oro~~

DON DUARDOS: ¿Qué talismán es ése?

OLIMBA: Una copa de oro y piedras preciosas, con el pie hecho sobre huesos de corazón de ciervo. Si lográis que Flérida beba una vez agua en ella, luego empezará a amaros, y con mayor ahínco cuantas más veces beba.

DON DUARDOS: (le besa las manos) Oh, qué gran bien (¿como os lo pagaría?) me hacéis, mostradme presto esa copa y no me retiréis vuestro amparo y consejo, que sin ellos nada soy... Pero ¿qué ven mis ojos? ¿Estáis llorando?

OLIMBA: Sí, del gozo que me contagiais con el fin de vuestra cuita. (Se levanta) Entrémonos en el barco, que os mostraré la copa y os explicaré ~~cumplidamente~~ las mañas que os conviene seguir para ~~alcanzar vuestro intento~~ introduciros en la huerta de Flérida y alcanzar vuestro intento. ~~Embarquemos~~

(Salen)

NARRADOR

.... Don Duardos, siguiendo los consejos de la infanta Olimba, se vistió de paños viles, mas por viles que ellos eran no lograban encubrir la gran hermosura de quien así se disfrazaba. Y salió para Constantinopla llevando consigo varios tesoros, entre ellos la rica copa, y le dijo Olimba que otros tesoros y noticias

le iría enviando, mientras permaneciese en la huerta de Flérida, por mediación de un emisario que acudiría de noche a los muros de la huerta, cuando todos durmiesen y le encareció que no decayese en su fé ni en el designio de fingir humildad, y con dulces alientos le despidió.

Y Don Duardos, llegando a Constantinopla, desconocido, que persona en él no reparaba, se fué hasta el palacio de Palmerín y permaneció un trecho mirándolo desde fuera. Y la huerta que lo rodeaba la había hecho cercar el Emperador de muy alto muro y había labrado dentro de ella caños de gran sutileza por donde venía agua fría y deleitosa a unas fuentes obradas y adornadas a maravilla, y asimismo había plantado árboles de las más extrañas especies que hacían un paraíso de aquel lugar y ~~tenía~~ puso a su cuidado un hortelano de nombre Julian a quien hizo morada en la huerta para él y su mujer Constanza, los cuales mucho se amaban entre sí. Y esta huerta estaba ~~de~~ a poniente, en la parte adonde daba la cámara de la princesa Flérida. Y ella de continuo con sus doncellas se salía a holgar muchas veces

allí, cogían fruta de los árboles, platicaban y tañían arpas y psalterios, que Flérida mucho amaba la música, aunque hacía días estaba triste por la ausencia de Primaleón, de quien ninguna noticia se sabía.

ESCENA OCTAVA.

Atardece.

Interior y exterior de la huerta.

Dentro están Flérida, Amandria y Artada, conversando con Costanza. Se dirigen hacia el palacio.

COSTANZA. ¿Ya os retiráis, mi señora?

FLÉRIDA. Sí, que hace un trecho se ocultó ~~se escondió~~ el sol y quiero ~~retirarme~~ acompañar a mi madre antes de la cena.

(Sale Julián con unos aperos de labranza y los deja en el suelo. Se limpia el sudor de la frente)

En la parte exterior, Don Duardos, que ha arrimado el oído a la puerta, sin atreverse a llamar, trepa por la tapia y alcanza a ver a Flérida, que, al sonreír a Constanza, vuelve el rostro hacia el muro desde el que Don Duardos la contempla.

DON DUARDOS (Bajándose de la tapia)
¡Oh celeste visión, que por un instante pareció sonreirme! No es el sol quien se ha ocultado, sino ~~tú~~ (en cuya ausencia) tu persona, todo se vuelve penumbra.
(Se acerca vacilante hacia la puerta)
¿Me atreveré, cuitado de mí, a trasponer el umbral del paraíso?
(Llama debilmente con los nudillos, pero luego se retira acobardado y se apoya contra el muro) Las fuerzas y la palabra me faltan.

(Costanza despide a Flérida y las infantas y se acerca a la puerta, junto a la cual está Julian)

COSTANZA. Me pareció que alguno llamaba a la puerta.

JULIAN: Yo nada oí, tan fatigado vengo.

COSTANZA: Benditas fatigas que tanta hermosura os han traído. ¿Visteis qué lozano está el prado y qué floridos los membrillos?

JULIAN: (Más florida estáis vos, que me da tanto consuelo como miraros.
(Se besan. Costanza abre el portillo y asoma la cabeza, pero no ve a Don Duardos.)

COSTANZA: Juraría que alguien llamó. ¿Quién ~~puede~~ ser?

JULIAN: Entrate y nada temas (la aparta) que ya voy yo a mirar.

(Sale y cierra la puerta. Costanza, dentro, recoge los aperos. Julian, tras explorar unos instantes en torno suyo, descubre a Don Duardos apoyado contra el muro)

JULIAN: ¿Quién sois? ¿Buscabais algo?

DON DUARDOS: Sí, por ventura sois el hortelano del Emperador, a vos vengo buscando.

JULIAN: Yo soy, Julian me llamo.

DON DUARDOS: Pues una cosa os querría confiar que es para vuestro gran provecho, si juráis no decirlo a nadie.

JULIAN: No juraré nada hasta que no sepa si es cosa que pueda hacer sin mi deshonra.

DON DUARDOS: Sabed, amigo, que en esta huerta hay un gran tesoro enterrado en lugares escondidos por los Emperadores antiguos, y que yo aprendí este secreto de un hombre muy sabido el cual me ~~dejo~~ enseñó los conjuros con que lo podremos haber muy ligeramente, si me

tomais a vivir en vuestra compañía. Yo os prometo poneros todo en vuestras manos, cuando lo hallare, y que me deis la parte que tengais a bien.

JULIAN. (Pensativo) Gran tentación es ésa para la codicia, que no hay pobre que no desee ser rico. ¿No me estais engañando?

DON DUARDOS: Jamás engañé a nadie, y ésa es mi sola hacienda y riqueza.

JULIAN: Aguardad un punto, que entre a consultarlo con Constanza Ruiz, mi mujer, ~~que~~ pues yo sin su consejo nada hago ni soy.

(Se entra en la huerta y se le ve hablando ~~y~~ con Constanza y los gestos admirativos de ésta, aunque no se escuchan las razones del discurso)

DON DUARDOS. (Paseándose, al tiempo que empieza a caer la noche y se encienden las ventanas de la cámara de Flérida)

Huerta bienaventurada,
jardín de mi sepultura
dolorida,
temo y adoro la entrada,
aunque fuese sin ventura
la salida.

COSTANZA (Acercandose a la puerta y a punto de abrirla) Nada perdemos por intentarlo, que si nos burlase, en nuestra mano está enviarle y quedaremos como antes, no perdiendo nada.
(Julian hace señas a Don Duardos para que entre.)

ESCENA NOVENA.

Interior de la huerta.

JULIAN: Esta es Constanza Ruiz, mi mujer.
~~COSTANZA: ¿De donde venís?~~

DON DUARDOS: ~~De Inglaterra~~, Dios os guarde.

COSTANZA: ¿De donde venís?

DON DUARDOS: De Inglaterra, ~~pero quiero olvidar mi patria~~

COSTANZA: ¿Erais hortelano allá?

DON DUARDOS: No, mas quisiera aprender el oficio, si os dignais aceptarme <a vuestro servicio>, que mi voluntad de aprenderlo es mucha, y no creo que os pese.

COSTANZA: Así lo quiera Dios. Quedaos unos días y haremos entender, a quien nos preguntare que sois nuestro hijo que, desde pequeño, se nos fué

a tierras extrañas a probar fortuna. Tal es el acuerdo que he tomado con mi marido.

DON DUARDOS: Lo habeis tomado según mi deseo y creedme que, aunque no sea vuestro hijo, me esforzaré por parecerlo y honraros en todo.

JULIAN: (A Costanza, aparte) ¿Ves como no parecen engañosas sus razones.

COSTANZA: Quien sabe si Dios nos ha enviado un consuelo para nuestra vejez. (A él) Desde hoy, si os place, os llamareis Julian, como mi esposo.

DON DUARDOS: Mucho me honra que me deis licencia para llevarlo.

COSTANZA: Y ahora, hijo, entrad a descansar.

DON DUARDOS: Mejor me será dormir en la huerta para mas pronto comenzar a obras mi hecho, que en este tiempo es la fuerza del verano y no hay mejor <techo> que el de las estrellas.

(Entranse en la casa Costanza y Julian.)

(Se queda solo Don Duardos y se sienta ~~en~~ bajo las ventanas de Flérida. En algún momento puede oirse la risa de ella o, incluso, vislumbrarse su figura o la de alguna de sus doncellas, moviéndose por el interior de la cámara)

DON DUARDOS: ¡Ay Don Duardos, qué harás, cautivo de tu loco atrevimiento! Tan poco es mi merecer y tan alto el valor de aquello en que puse los ojos, que ya antes de la empresa desfallezco.

(Se asoma Flérida unos instantes. Sale Artada, la coge por cintura, contemplan la huerta ~~sin~~ sin hablar y vuelven a meterse. Don Duardos las mira y luego sigue con los ojos fijos en la ventana)

Mas ¿de qué me quejo? ¿Qué mayor bienandanza que ésta de vivir en lugar donde cada día pueda verla? Que ninguna afán ni trabajo que supra debe serme duro sino leve, pagado con tal premio.

(De dentro del cuarto de Artada viene una música de laud)

ESCENA DÉCIMA.

(Amanecer en la huerta) canto de pájaros.

Don Duardos se despereza, saca parte de las riquezas que traía y el resto lo esconde en el hueco de un árbol. Se echa en el halda los tesoros elegidos y se dirige hacia la casa de los hortelanos. En ese momento sale Julian a la puerta, bosteza y mira al cielo que clarea.)

JULIAN. ¿Qué tal os fué, hijo, hallasteis algo?

DON DUARDOS: (Mostrándole el tesoro) Mucho no, que según mis noticias, el tesoro no lo podremos hallar todo junto, sino de poco en poco, que está repartido y oculto en lugares distintos.

JULIAN: (Fascinado) ¿Poco decís? (Manosea las piezas que le entrega ~~Julian~~ Don Duardos) Mentira me parece lo que veo. (Sale Costanza y se acerca.) Mirad, Costanza, qué gran maravilla, es tan grande que a duro lo puedo creer.

COSTANZA: (a Don Duardos) ¿Todo esto, hijo mostradme.

mío, habeis hallado?

DON DUARDOS: Y más espero hallar a su tiempo, con la ayuda de Dios.

JULIAN: (Nervioso) ¿Y qué haremos con ello?

DON DUARDOS: Disponed a vuestro albedrío, pues yo no lo quiero.

COSTANZA: (Práctica) Guardemóslo por ahora, Julian, y ~~acaba~~ Dios bendiga nuestra buena ventura y a quien nos la trajo. (Cariñosa a Don Duardos) Querreis, hijo, ahora, almorzar y dormir en lecho mejor para que el sueño repare vuestro trabajo.

DON DUARDOS: No, señora, que quiero agradecer vuestra hospitalidad yéndome con vuestro marido a ayudarlo en cuanto pueda y aprender otras labores, que cavar apenas sé.

(Salen Don Duardos y Julian)

ESCENA XI

Atardecer en la huerta

Salen Flérida, Amandria y Artada. Se sientan bajo los árboles junto a una fuente.

AMANDRIA.-¿Seguís pensando en Primaleón?

FLERIDA.- (Pensativa) Sí, más no sólo en él, sino también en el noble caballero a quien persigue.

ARTADA.- No vino, en verdad, nunca tal caballero a la Corte ni se vió corazón tan generoso.

AMANDRIA.- ¿Supisteis al fin quién era?

FLERIDA.- No se quiso dar a conocer, más su osadía y su nobleza eran de gran señor.

Sale Constanza. Trae unas rosas en la mano y se las da a Flérida, que hunde en ellas el rostro.

FLERIDA.- ¡Qué aroma tan exquisito! (Levantando los ojos) ¿Las cogisteis para mí?

CONSTANZA.- Sí señora, que hoy es día de fiesta ~~para placer~~ para nosotros.

FLERIDA.- Muy alegre pareceis, en verdad, decídme cuál es la causa, que de todos vuestros placeres yo me huelgo.

CONSTANZA.- Sabed que ha tornado un hijo que ha gran tiempo se nos fue a tierras extrañas y es de tales prendas que volver a cobrarlo nos fue de enorme consuelo.

FLERIDA.- Traedlo pues a mi presencia, que lo quiero yo ver.

CONSTANZA.- Tal vez tenga vergüenza de parecer ante vos en sus pobres ropas, pues es de tímida condición y aún no tuvimos tiempo de aderezarle como conviene. (Se aderca a la casa) ¡Julián, Venid!

(Sale a buscarlo y a poco lo trae por la mano)

ESCENA XII

Dichos y Don Duardos, que viene rezagado.

DON DUARDOS.- (Como para sí) ¿Quién osa en tan deforme visaje y vil figura aparecer ante ella? ¡Que el cielo me de fuerzas!

FLERIDA.- Venido seas en buen hora, que a tus padres mucho aprecio y grandes servicios me hicieron.

ARTADA.- ¿Cómo te llamas?

CONSTANZA.- Se llama Julián (Julián baja los ojos)

AMANDRIA.- ¿En qué tierras anduviste Julián?

ARTADA.- ¿Cuánto ha que partiste?

CONSTANZA.- Está corrido.

ARTADA.- ~~¿Tenemos atada la lengua?~~ (Riéndose con Amandria) En valde es tan hermoso si no habla. (A Amandria) Preguntemosle si es mudo.

AMANDRIA.- Amigo,¿teneis atada la lengua?

DON DUARDOS.- Señora, el corazón encogido ante la maravilla que los ojos ven, suele mantener presa la lengua y hablar no la deja.

ARTADA.- ¿Y qué os causa tanta maravilla? ¿No habeis visto jamás una doncella?

DON DUARDOS.- He visto hartas doncellas en otras tierras donde anduve, vi a Melisa, esposa de Recendoz, vi a Viceda y Valeriana, por quien se perdió el rey Arnedos, vi a la hermosa Griola y a sus doncellas, mas ante vuestra hermosura <todas> parecen mozas de aldea con ganado, viejas pinturas, sombras, en fin, de lo que ahora veo.

Amandria: ¿Quien os enseñó a hablar así?

FLERIDA.- Amigo, dejad a mis doncellas y no pareis mientes en sus razones, que con el poco seso que tienen hablan cosas desconcertadas. Os digo que me pareceis más discreto que ellas mesuradas y que según vuestra apostura, en otro oficio os quisiera ver y no en el de hortelano.

DON DUARDOS.- No debiera haber osado aparecer ante vos, más lo hice por cumplir el mandamiento de mi madre que acá me enderezó, y ahora vuestra gran bondad me paga de la cortedad que tuve. (Se hinca de hinojos, le toma la mano,y se la besa)

FLERIDA.- (Aparte) Ni estas hermosas manos, ni sus razones parecen

en verdad
tas de un villano - (A él) Debieras ha-
blar como vistes, o vestir como respondes.

DON DUARDOS: Los ricos vestidos no
amenguan las penas del cora-
zón.

~~COSTANZA~~

LUCIAN (Dentro) ¡Julian, hijo!
DON DUARDOS - Quedad a dios, señora.
COSTANZA: Dadle licencia, su padre
le llama. ¡Ya vamos!
(FLÉRIDA alza a Don Duardos del suelo,
se miran, y le ve desaparecer ~~y~~ con Cos-
tanza.) Hay una pausa)

FLÉRIDA: (Pensativa) Habló de penas
del corazón, ¿sabrá de ellas?

AMANDRIA: Se las oiría <a alguien> mentar trova-
dor. Ninguno hombre sabe de
penas del corazón. A todos
vereis quejarse, mas a ninguno
morir por amores.

ARTADA: Debió correr mucho mundo,
no tiene parte ~~de villanía~~ villano.

AMANDRIA - Quiere imitar a los ~~nobles~~
~~nobles~~ nobles en sus maneras.
no es humilde, sino altivo.

ARTADA - Mas, al principio necio
parecía y que nada sabría decir.

AMANDRIA - Es discreto y hermoso. Nos
~~hará compañía~~ recreará.

FLÉRIDA: (Impaciente) ¿Que se os da
de Julian? ¿No lo habeis impor-
tunado ya bastante?

NARRADOR:

Las palabras de Flérida fueron miel y aliento para Don Duardos que se tenía en su corazón por bienaventurado, y así decidió, aunque lleno aún de zozobra, probar enseguida el remedio de la copa encantada. Y a la mañana siguiente les hizo creer a los hortelanos, que ya mucha afición le habían cobrado, que la había encontrado en la huerta, con otras piezas del tesoro de los Emperadores, y que tenía el gusto de regalarla a la infanta Flérida porque le parecía de razón aquel pequeño homenaje a su gran belleza y bondad. Y Costanza consintió en ello de grado, y acordaron que cuando bajara Flérida por la tarde, le ofrecerían de beber en ella, aunque sin decirle que la habían hallado enterrada en su huerta, por el temor de que reclamara también parte en el resto del botín, y Don Duardos dijo que bueno, pues su único deseo era el de que Flérida bebiera de la copa, y lo demás nada le importaba. Y así esperó a la tarde con el corazón anhelante.

FLERIDA: (Airada) No peleis por tales necedades... Mas callad, ¿quien canta?
(Quedan las tres inmóviles, escuchando en silencio)

DON DUARDOS (Dentro)

Vivir sin conocerte
es triste suerte.
Conocerte y amarte
el alma parte.
Desearte y no verte
me trae la muerte.

ESCENA XIII

Huerta al atardecer.
Salen Flérida y sus doncellas. Bordan en sus bastidores largo rato en silencio. Al cabo, Flerida, arroja el suyo.

FLÉRIDA - ¡Qué triste está la huerta!

ARTADA - Como todos los días, mi señora, ¿quereis que hagamos música?

FLÉRIDA - No, ~~[illegible]~~ ¿porqué no vais a llamar a Julian?

AMANDRIA - (Abandonando su bastidor) ¡Yo voy!

ARTADA. ¡No, que me lo encargó a mí!

(Sale ~~[illegible]~~ Don Duardos con un cesto de fruta y se acerca a ellas)

D. DUARDOS: Comed, señoras, está recien cogida por mis manos.

(FLERIDA y sus doncellas comen fruta)

FLÉRIDA: ¿Cómo te va, Julian, no añoras las tierras que dejaste?

DON DUARDOS: Allá no tenía el placer de serviros. ¡Ay! (Profundo suspiro)

FLÉRIDA: ¿De que te quejas?

DON DUARDOS: De Dios, porque no hizo iguales a todos los nacidos y les dió, sin embargo, ojos y sentidos para conocer y desear lo mejor.

FLÉRIDA: ¿Sabes leer y escribir?

DON DUARDOS. Señora, ya he olvidado si lo sé.

(Sale Constanza, trayendo en la mano la copa encantada. Se dirige a una de las fuentes y la llena de agua.

COSTANZA: Señora, pues habeis comido fruta, menester es ahora que bebeis un poco de agua fresca.

FLERIDA (Toma en sus manos la copa. Mirándola) ¡Qué copa tan singular! ¿Donde la hubisteis?

COSTANZA: Mi hijo Julian la trajo de Turquía y queremos dárosla, que a vos conviene y no a mí tan preciada joya.

FLÉRIDA: (A Don Duardos) ¿Quien te la dió?

DON DUARDOS: Un noble caballero de una villa donde serví. La ofreció de premio a los villanos que se preciasen de ensayarse en las armas y yo me esforcé y ~~por ventura~~ la gané en un torneo.

FLÉRIDA. ¿Luchasteis osadamente?

DON DUARDOS. Tuve buena ventura. Mas mayor la tengo ahora, si os dignais aceptarla.

FLÉRIDA: De muy buen grado, más quedo en deuda con vos. (Mirandola complacida) Reparad, Artada, qué rica labor tiene en el pie.

DON DUARDOS (Impaciente) Bebed, señora, que mas rica se tornará cuando pongais los labios en ella. Os lo ruego (se arrodilla)

Flérida bebe y se queda mirando largamente a Don Duardos.

FLÉRIDA. ¡Oh, que agua tan sabrosa, toda se me aposentó en el corazón!

(Recien dichas estas palabras, la escena queda como congelada en los movimientos que tienen los personajes y, sobre esta paralización de la acción dramática se escucha la voz del:)

NARRADOR. (off)... Como Flérida bebió, sintió un ardor muy grande y desconocido que recorría su cuerpo y al mirar a Don Duardos humillado ante ella pareciole mas hermoso y mediado que ningún caballero del mundo, y lo veía como si estuviese vestido con todos los ricos aderezos que a tan apuesta figura convenían.

y, a pesar de ser ella muy niña, que jamás había probado tales ardores, como también era entendida a maravilla, se espantó de la mudanza que en su interior sentía, tal que no sabía cómo atajar su cruel turbación, ni pudo tanto encubrirla que Don Duardos no la conociese en el rubor de sus mejillas y en la luz de sus ojos y aquel descubrimiento redobló su arrogancia y su labia y alzose del suelo y empezó a hablar muy alegremente con Arandria y Artada, mientras Flérida continuaba en su desmayado silencio, que estuvo una pieza sin conseguir moverse ni hablar.

(Los actores, < menos Flérida, irán haciendo, como si se desentumecieran, y a manera de ballet, todos los movimientos que se indican, subrayando, por contraste, el encantamiento de Flérida. Sonríen y se mueven armoniosamente en torno a ella.)

NARRADOR.... Las doncellas, entre tanto, preguntaron a Don Duardos muchas cosas de las que habría visto en otras tierras y estaban pendientes de sus labios y pues él respondía a todo tan graciosamente que las tenía encantadas. Y Don Duardos, de vez en cuando, ~~con gracias~~ ponía con disi-

mulo su mirada en Flérida y más se alegraba su corazón cuanto más pensativa la veía. Y Flérida tuvo celos de sus doncellas y sólo aquel sentimiento repentino, que tampoco nunca había conocido, le dió fuerzas para reaccionar y tendió la mano a ~~Lada~~ Don Duardos para que la ayudara a levantarse, que no quiso la ayuda de sus doncellas.

(Los actores compondrán los movimientos indicados.)

FLÉRIDA. (a Don Duardos, que acaba de ayudarla a levantarse, mirando la mano que aún enlaza la suya) ¿No fuera mejor que te emplearas, a lo menos, de escudero? Tus manos no están hechas para cavar la tierra.

DON DUARDOS: Señora, yo me quiero así, hombre de bajas maneras, que el precio está en la persona.

FLÉRIDA: No son bajas tus maneras, sino creo que tus fuerzas, aunque nunca te vi luchar. Juliana

DON DUARDOS: Flacas las tengo, mi señora, mas el corazón, que es orgulloso, me hizo poner el pensamiento en cosa que no entiendo de alcanzar.

(Se miran intensamente)

ARTADA: Señora, es hora de nona, y de

irvos a vuestro estrado.

FLÉRIDA: (Sin atenderla) Si Dios quisiere, tiempo vendrá en que os veré luchar y no os faltará ventura.

DON DUARDOS: Bastará con vuestro deseo, que si lo manturierais, jamas podría temer lucha alguna en que entrara.

AMANDRIA: Señora, ya se puso el sol.

FLÉRIDA: (Como despertando) Oh, si, vamos. Quedaos a Dios, Julian.

DON DUARDOS: (Atrevido) Yo, señora, no me quedo, tambien voy.

ESCENA XIV.

Interior de la cámara de Flérida.

Noche Por el balcón abierto entra luz de luna y se ve el perfil de los árboles de la huerta.

Flérida está recostada, mirando hacia el balcón. Amandria y Artada tañen instrumentos.

(Aquí alguna de las tres puede cantar alguna canción, cuya letra se tome del cancionero de Gil Vicente)

ARTADA: Nos retiramos ya, señora, si nos dais licencia. ¿Necesitais

algo?

FLÉRIDA: No, solo tengo sed. Traed acá la copa que Julian me dió, que no quiero en adelante beber en otra.

(Artada le acerca la copa, tras llenársela de agua, y Flérida bebe muy demoradamente)

FLÉRIDA (soñadora) ¿No visteis cómo es discreto y apuesto aquel villano Julian?

AMANDRIA. Lo estanto que a duro podemos creer que sea hijo de Julian el hortelano.

(Flerida vuelve a beber de la copa con complacencia, a pequeños sorbos y hay un gran silencio. Amandria y Artada, ya de pié, la miran con extrañeza)

ARTADA: ¿Os sentís mal, señora?

FLÉRIDA: No, no, sino muy bien. Podeis retiraros.

AMANDRIA. Que tengais felices sueños

(Vanse ambas)

Flérida, cuando se han ido, se acerca al balcón. Luego vuelve a entrar y deambula, como sonámbula por el cuarto, con la copa en la mano)

Flérida (sola)

Oy cautiva, malandante de mí ¡como debo ser muerta de muy cruel muerte por haber puesto tan apincado amor en un villano! Oh, Flérida, como no te acuerdas del alto linaje de donde vienes, cuan poco seso es el tuyo que te ha forzado a bajar tanto tu corazón de poner tan demasiado amor en ave de condición vil aunque de tanta hermosura como en otra nunca la hubo semejante. ¿Adonde está mi juicio? Digna soy de gran castigo, que errar con otro de mi igual fuera ya cosa desaquisada, cuanto más con éste. Oh, ventura, como me eres tan esquiva, que ya no soy señora de mí para desechar de mi corazón tan desatentado pensamiento.

NARRADOR: ...Y como ella esto pensaba esforzábase consigo misma de no amar de allí adelante a Julian mas no lo podía ella hacer viendolo delante de sí tan humilde y deseoso de la servir, que sobrado placer tenía cuando la veía ante sí, y ella harto trabajo tenía con ello darle a entender que lo amaba, y en retener sus suspiros y sufría gran tormento en su corazón.

Y un día pensó estar algún tiempo que no lo viese por ver si podía apartar de sí aquel ferviente amor que le tenía. Y puesto en obra, que estuvo 6 días que no salió a la huerta y aunque sus doncellas se lo rogaban ella no lo quería hacer.

Y en este tiempo pasó gran pena, no durmiendo la noche y de día resistiendo su deseo de no ir a ver a Julian

Y sabed que nunca D. Duardos fue tan cuitado como entonces desque vió que su señora no salía ya a la huerta como antes solía y no pudo encubrir tanto su sentir que los hortelanos no descubriesen su mal porque andaba tan laxo que apenas podía hablar y no comer casi poco, y aun eso poco que comía era forzado por la hortelana.

ESCENA XV.

Huerta de Flérida.

Sale Julian canturreando y deja sus aperos en el suelo.

Se dirige a Don Duardos , que está apoyado contra un árbol.

DON DUARDOS: Alegre pareceis, padre,

JULIAN: Y vos cansado.

DON DUARDOS: "Soledad tengo de tí, oh tierra donde nací..."

JULIAN. Hijo, aunque de mucha pena nos sería, podeis marchar cuando gusteis a hacer vuestra vida antigua, que demasiado favor nos hicisteis ya. Harto tesoro cobramos.

DON DUARDOS: Los tesoros han de cobrarse con fatiga padre, y yo mi parte aún no la cobré. Por eso esta tierra me retiene,

JULIAN. Echad fuera la tristeza. Dice Costanza Ruiz que os debierais avezar a vivir entre la gente de nuestra condición y buscar tal vez moza con quien casaros, que en edad de amores estais.

DON DUARDOS: No me hableis de amores.

JULIAN: Una moza que tenga un telar con arquibanco de pino, o alguna molinera. ¿Conoceis a Grimanesa?

DON DUARDOS: Sabeis que no he salido de la huerta.

JULIAN: Yo os la haré conocer, no hay persona que la mire que no quede enamorada, es valiente , honesta y graciosa, más excusa el casamiento con cuantos se lo pidieron.

¿No os tienta a vos, probar fortuna? Costanza puede hablarla, que mucho la aprecia.

DUARDOS: No, padre, os ruego que me perdoneis si rehuso, mas yo vine a otra cosa.

(Se va Julian y queda sólo don Duardos.)

DON DUARDOS: Tres días ha que no viene, mi señora,

señora, ¿quien te detiene?

No sé cómo estoy sin verte

sólo un hora.

ESCENA XVI.

Cámara de Flérida.
Está ella sola, bordando.
Entra Artada.

ARTADA: Señora, está aquí Costanza.

FLERIDA: (Se sobresalta y deja caer la labor) ¿Costanza?

COSTANZA: (Entrando con un ramo de rosas en la mano) ¿Os encontrais mal señora?

FLÉRIDA: No, solo triste por la ausencia de Primaleon. Podeis iros, Artada. (Artáda sale)

COSTANZA: Me he atrevido a traeros estas rosas, ya que ahora no quereis bajar á la huerta, como antes soliais...

FLÉRIDA: ¡Oh qué hermosas! ¿Las cortasteis vos?

COSTANZA: No, cortolas mi hijo Julian.

FLÉRIDA: (Turbada) ¿Cómo está?

(COSTANZA se cubre el rostro con las manos) Decid, ¿ocurre algo? Sentaos.

COSTANZA: Con vuestra licencia. (Pausa) Ay, mi señora Flérida, no sé qué haga con mi hijo Julian.

FLÉRIDA: (Alarmada) ¿Pues qué le sucede?

COSTANZA: Ni su padre ni yo lo sabemos, pero os digo que no lo conoceriais de lo triste y maldoliente que está, que ni comer ni dormir quiere y toda la vida se le va en suspiros.

FLERIDA: Preguntadle la causa de su mal.

COSTANZA: Ya lo hicimos, mas nada se le saca. ¿Por qué no le hablais vos?

FLÉRIDA: (Turbada) ¿Yo?

COSTANZA: Si, tal vez os diera oídos. Julian y yo pensamos que todo se remediaria con un honrado casamiento - ¿Conoceis a Grimanesa, la molinera?

FLÉRIDA: (Turbada) ¿Porqué? ¿ha ama Julian?

COSTANZA: No, pues aún no la ha visto, mas si la viera la amaría. ¿Os dignariais vos hablarle de ella? A nosotros no nos hace caso.

FLÉRIDA: (Pensativa) No es moza para Julian... ¿Creeis que sea el suyo mal de amores?

COSTANZA: ¡Quien supiera la causa de su mal!

(He llegado a pensar que pudiera haber puesto los ojos en alguna de vuestras doncellas.

NARRADOR: ... Venida la noche, y echada en su lecho, fue Flérida acompañada de grandes cuitas y viendo que Amandria dormía sosegadamente, levantose muy desacordada y con la audacia que le daba el amor se subió a unos altos miradores que estaban encima de la huerta por si

veía a Julian entre los árboles. Julian ~~estaba~~ había llorado tanto aquella noche que se durmió enflaquecida debajo de un manzano y ella viéndole dormir sintió aumentar sus ardores. Y no pasó mucho tiempo de que lo estuviera mirando sin que él se despertara y se pusiera otra vez a suspirar.

ESCENA XVII

Don Duardos y Flerida, confesando su amor a los árboles y a las estrellas, en dos parlamentos paralelos ninguno de los cuales es oído por el otro, embebido en sus propias quejas.

ESCENA XVIII

Camara de Flérida

Flérida confiesa a Artada su amor por el hijo del hortelano. Artada le aconseja que vuelva a bajar a la huerta, como solía, pues más se acrecentará su amor, sin verle. Deciden también que ~~Flérida~~ Artada procure sonsacar a Don Duardos algo de su vida para saber si es caballero y no villano, cosa que ambas doncellas sospechan.

ESCENA XIX

Retorno de Flérida a la huerta. Artada trata, sin éxito, de aclarar la genealogía de Don Duardos, que contesta con evasivas.

Luego hacen música todos en el jardín y Don Duardos pasma a las doncellas con dulces canciones de amor, muy bien entonadas. Al terminar reclina la cabeza en el regazo de Amandria, víctima de un desmayo pasajero. Flérida se acerca a él tan angustiada que casi le descubre su amor.

ESCENA XX

Palacio del Emperador.

Palmerín, Polinarda, Flérida y doncellas.

Entran Camilote y Maimonda, ambos muy feos. Camilote quiere ser armado caballero por Palmerín y asegura que su señora Maimonda es la más hermosa del mundo y que sólo ella merece una extraña guirnalda de uvas rojas que tardan siete años en marchitarse. Con esto se enredan en una discusión ofensiva para Polinarda y Flérida, la cual se asusta de las groseras maneras de Camilote.

ESCENA XXI

Huerta.
Flérida le cuenta a Don Duardos el episodio de Camilote y comenta que desde que se marchó su hermano Primaleón no hay en la corte caballero con arrojo suficiente para vengar la ofensa de aquel salvaje. Don Duardos contesta que eso es mucho afirmar. Flérida le cuenta que en dos días Camilote, que ha puesto sus tiendas cerca de allí, ha herido fieramente a cuantos se han acercado a pelear con él.

ESCENA XXII

Exterior de la huerta. Noche.
Sale Don Duardos a hablar furtivamente con Zayde, emisario de la infanta Olimba, y queda de acuerdo con él para que le proporcione armas y un caballo, pues de madrugada piensa salir a desafiar a Camilote.
Luego se entra en la huerta y dice a Constanza que necesita partir al día siguiente en busca de una yerba que le es precisa para seguir desenterrando el tesoro.

ESCENA XXIII

Palacio del Emperador.-
~~Sala~~ ~~Don Duardos~~ Cámara de Flérida. Flérida está muy

triste por la ausencia del hijo del hortelano. Llega un emisario de parte de su padre diciéndole que baje, que ha llegado un caballero desconocido que ha vencido a Camilote y trae la guirnalda de rosas.

ESCENA XXIV

Tiendas del Emperador.

Llega Don Duardos armado totalmente excepto las manos. Ofrece al Emperador la corona de rosas para que la ponga en los cabellos de la más hermosa doncella.

Baja Flérida. Don Duardos le pone la corona - Flérida le reconoce por las manos. Palmerín le pregunta quien es y le pide que se quede a servir en su corte, pero Don Duardos se excusa y se va.

ESCENA XXV

Don Duardos, por un camino desviado, llega a que la infanta Olimba le cure las llagas de la batalla. Le habla de sus amores con Flérida y ella le dice que vuelva a buscarla y se la lleve a Inglaterra, que ella les mandará aparejar un barco.
Le regala un anillo para que se lo lleve -

ESCENA XXVI

Flérida, sola en su cámara, con la guirnalda de rosas, se lamenta de haber perdido a Julian.

ESCENA XXVII

Artada concierta una entrevista de noche entre Flérida y Don Duardos, que ha vuelto a la huerta.

Flérida se levanta de noche, va adonde él la estaba esperando y se le entrega, en una escena de amor donde también habrá canciones. Aún no está del todo segura de la identidad de Don Duardos, pero ya sabe que no es hijo del hortelano. Don Duardos la persuade para que parta lejos con él. Consigue convencerla. En esta escena Don Duardos aparecerá vestido de brocado y no con ropas de hortelano. Zayde los espera fuera al amanecer, con caballos.

ESCENA XXVIII

Puerto de pescadores

Olimba y Belagris, con Clodio, despiden a Don Duardos y Flérida, para cuya huida han aparejado una ligera galera. Va con ellos el can Mardtes.

(Versos finales, los de Gil Vicente.)

Frases aprovechables: Artada ¿Visteis a Flérida?

(1) Para la escena de Camilote: ¿Aquella? ¿Comparais una estrella a un pardal?

Don Robusto: ¿Y en Flérida hablais vos? Si nadie es digno de poner en ella sus ojos, está prohibido, pecamos sólo de pensar en ella, debe ser adorada la pisada de su pié.

Camilote Abrid bien los ojos, caballero, debeis tener legaña.

Robusto: Decid de hinojos el "ánima Christe" y disponeos a ~~luchar conmigo~~. combatir conmigo

Camilote: ¿Vos, señor Emperador, dais licencia?

Emperador: La doy y quiero ir alla por ver vuestra derrota.

(2) - Costanza Viene roto, hasta mañana no osará de parecer.

Flérida. El hombre queremos ver que los paños son de lana.

(3) D. Duardos: [Quien tiene tanta pasión todo comer se le muda en suspirar.

[Bien solía yo musicar en otro tiempo, cuando Dios quería....

Flérida: Era un tiempo más feliz que éste

D. D. ...No lo pudo ser....

¿Qué merced me haría ella si yo fuese, sin más, su igual?

D.D. — que el estado no es bienaventurado, que el precio está en la persona.

Amor, solo si tu ~~divinal~~ divino poder hace subir en brocado este sayal, volveré a ser quien era, sino todo esta acabado. Que por lo imposible andamos, no por otra vía.

Costanza ¿Teneis azucar rosado, señora, en vuestra casa?

F — ¿Para qué?

C. — Para mi hijo Julian, que se le abrasa el corazón y le languidecen las maneras.

LA MÚSICA DEBE SER LA madre de la tristeza

p. 584 SEÑAL
Soy quien anda
Soy quien vive en muerte cruda
Flérida ¿Y quien solías tu ser ser?

p. 589

FINAL — Si al menor rincón llegais
de mi ardiente corazón
encendereis
candela con que veais
que os pido el galardon que me debeis.